

El problema de lo absoluto en la filosofía de Bruno

MONTSERRAT BARTOLOMÉ LUISES¹

1. La inmanencia de lo absoluto

Bruno² no admite más que una sola realidad, con independencia del número de realidades que se manifiestan en el universo. La pluralidad de cosas existentes es homogénea porque se reduce a la unidad que la legitima. Aunque haya muchas cosas, todas ellas son del mismo tipo. Sólo hay una substancia divina e inmortal que es unidad estable, eterna, única y siempre permanece en sí misma, más allá de la alteración que se produzca en el universo. La realidad es absoluta. Lo absoluto es la realidad divina que se despliega y manifiesta en un absoluto cósmico que es entidad absoluta, originaria y radical y que fundamenta las entidades relativas que se hallan en ella. Lo relativo es en lo absoluto y lo absoluto es en lo relativo, ya que todo concurre hacia la unidad. Ahora bien, ¿cómo es esto posible? ¿Cómo lo absoluto, aquello que es por sí mismo, independiente, incondicionado, separado, desligado y opuesto a lo condicionado, dependiente y relativo, puede hallarse en éste y éste en él?

Lo absoluto, lo divino, rige y gobierna como causa positiva la inmovilidad *del* universo infinito, y como causa negativa la movilidad *en* el universo infinito. Lo absoluto es causa positiva de un absoluto inmóvil cósmico y es causa negativa de la vida que acontece en el cosmos. Lo absoluto, negativamente (no es el universo), es causa de la movilidad *en* el universo; pero lo absoluto, positivamente (es el universo), es causa de la inmovilidad *del* universo infinito³. Unión y distancia son los caracteres simultáneos del universo respecto de Dios. Lo absoluto, forma o esencia de lo divino, es un absoluto concreto, el universo. Ambas realidades son idénticas entendidas bajo el concepto de unidad inmóvil e infinita. Bruno parte de la necesidad de un efecto infinito e inmóvil para manifestar la excelencia de una causa infinita e inmóvil e inmediatamente procede a identificarlas. Por tanto, como realidades infinitas e inmóviles son idénticas. Causa y efecto no se diferencian. La inefable unidad o coincidencia entre la unidad absoluta y la unidad cósmica es atribuida tanto a la divinidad cuanto al universo.

Lo absoluto, puro y simple, absoluto por sí y desde sí mismo garantiza el carácter de ser absoluto *del* universo que, inmóvil e infinito, corresponde a su causa y ésta forma parte de él sin detrimento de su subsistencia. Es cierto que la entidad absoluta cósmica procede de lo absoluto divino porque

1 TRASGO15@terra.es

2 G. Bruno, *De la causa, principio e uno*, en *Dialoghi italiani. I. Dialoghi metafisici. II. Dialoghi morali*, nuovamente ristampati con note di Giovanni Gentile, terza edizione a cura di Giovanni Aquilecchia, Firenze, Sansoni, 1958 (segunda ristampa, 1985), p. 324.

3 Cfr. G. Bruno, *op. cit.*, pp. 178-179.

tiene en éste su origen causal mientras que lo absoluto por sí tiene el principio o causa de su existir en sí mismo. Esto significa que la realidad cósmica es en su origen una realidad dependiente y condicionada por el ser absoluto, es una realidad relativamente absoluta. Pero desde el punto de vista temporal, la realidad es eterna, por lo que ni siquiera cabe hablar de origen. El universo procede de Dios como la luz procede del sol. La única diferencia que me parece legítima es la de lo absoluto, Dios, que se concreta en *un* absoluto, el cosmos. Diferencia que debe establecerse más por las exigencias de nuestro lenguaje que por las de la realidad en sí.

El universo de Bruno es un absoluto infinito en el espacio y en el tiempo, es la máxima representación de la acción y el poder de la divinidad absoluta. La bondad divina sólo puede difundirse eternamente en un espacio infinito inmóvil, en el que se hallan mundos innumerables móviles, infinitos animales que explican, de acuerdo con su grado de perfección corpórea, la incorpórea realidad absoluta, que no puede limitar ni determinar su posibilidad y acto infinitos en un lugar finito. Frente a interpretaciones arbitrarias de una voluntad divina limitada por su creación, la alternativa de Bruno es una divinidad infinita que se manifiesta en las leyes de un cosmos también infinito. Si el universo es infinito, la esencia y la voluntad coinciden en Dios. Es imposible sostener la potencia infinita de Dios y, a su vez, el carácter finito del efecto producido. La identidad de libertad y necesidad en Dios conlleva una actuación necesaria de acuerdo con su esencia: lo que Dios hace es lo mejor que puede ser hecho⁴. La necesidad de un universo infinito modifica la relación entre Dios y el hombre, y amplía la acción cognoscitiva de éste. La permanente y radical alteridad de una unidad absoluta y, a su vez, cósmica permite la mediación entre el hombre y la divinidad, con la condición de que se investigue el origen del efecto infinito por excelencia. La relación del hombre con Dios a partir del universo tiene como fin último alcanzar la suprema experiencia humana que es la contemplación de lo absoluto.

Lo absoluto, la unidad divina, como principio de la entidad absoluta que es el cosmos, es inmanente a éste; y es principio universal de la vida infinita, de la movilidad incesante que acontece en el universo inmóvil. Hay una comunicación vital entre lo absoluto y su manifestación. El desarrollo vital, la alternancia de las realidades particulares que integran la totalidad cósmica, es lo que exige la diferencia entre lo absoluto complicado y un absoluto explicado. La unidad es la razón explicativa del ser y esencia del universo de Bruno. El universo es el espacio infinito e inmóvil en el que hay innumerables astros o mundos móviles que son sus lugares particulares y finitos. La significación implícita en la unidad del universo viene dada por los mundos y cuerpos que lo constituyen⁵. Esta unidad cósmica es inmóvil y móvil en virtud de la unidad divina y absoluta que es su principio y causa.

Desde la óptica filosófica, a Bruno le interesa el Dios immanente y cósmico, la unidad inaccesible en cuanto que se identifica con la infinitud e inmovilidad del universo, más allá de esta

4 Cfr. G. Bruno, *De inmenso et innumerabilibus*, en Jordani Bruni Nolani, *Opera latine conscripta*, publicis sumptibus edita, recensebat F. Fiorentino [F. Tocco, H. Vitelli, V. Imbriani, C.M. Tallarigo], Neapoli, apud Domenico Morano [Florentiae, typis successorum Le Monnier], MDCCCLXXIX-XCI, 3 vols. en 8 partes (reimpresión en facsímil, Friedrich Fromman Verlag Gunther Holzboog, Stuttgart - bad Cannstatt, 1962), I, 2, liber VIII, pp. 312-318. Bruno (*op. cit.*, I, 1, liber I, pp. 246-247; liber III, p. 320) se opone a la distinción en Dios de *potentia absoluta* y *potentia ordinata*, porque implica concebir un límite interno en lo divino que contradice su esencia.

5 Por lo que se refiere a la unidad, cfr., por ejemplo, G. Bruno, *Summa terminorum metaphysicorum*, en *Opera latine conscripta*, cit., I, 4, pp. 5-127. Respecto a la unidad y pluralidad del universo, véase, por ejemplo, G. Bruno, *De inmenso et innumerabilibus*, cit., I, 1, liber II, cap. IV, pp. 267-271; *De rerum principiis, elementis et causis*, en *Opera latine conscripta*, cit., III, pp. 554-559; *Lampas triginta statuarum*, en *Opera latine conscripta*, cit., III, pp. 62-68.

coincidencia se halla el Dios trascendente y teológico, ajeno a la especulación metafísica bruniana. La unidad vital del universo legitima la existencia de innumerables mundos ubicados en un espacio infinito e inmóvil que expresa la inmensidad y magnanimidad de la unidad divina. El universo es la huella de lo absoluto y, junto con las disposiciones, movimientos y vicisitudes que acontecen en él, es el objeto supremo del conocimiento humano⁶. El universo es pintura, escritura, espejo, sello de la unidad divina que, inscrita en nosotros, reclama no sólo nuestro conocimiento de su vestigio cósmico sino también nuestro amor hacia ella. El universo es el límite del objeto de la filosofía, el límite de la immanencia divina y de nuestro conocimiento de lo absoluto: lo absoluto se manifiesta en la identidad cósmica de potencia y acto, materia y forma, finito e infinito, movilidad e inmovilidad, mínimo y máximo, en la coincidencia de los contrarios o auténtica constitución de la realidad. La filosofía, en su frontera con la unidad cósmica, se halla contigua a la unidad trascendente, y su objeto propio –el universo– forma parte también de lo divino, pero no de Dios. Hay en Bruno un panteísmo muy sutil, puesto que desde la óptica filosófica, la transcendencia divina es, por una parte, independiente de la consideración racional y propia del ámbito teológico: Dios *stricto sensu*; pero, por otra parte, la transcendencia es relativa a la immanencia que la legitima, en el sentido de que manifiesta su existencia en el límite entre lo trascendente y lo inmanente. Límite que es muy frágil en la visión de la unidad o núcleo del pensamiento bruniano. Si lo divino es unidad absoluta sin matices (en el todo y en las partes) y el universo es unidad absoluta con matices (en el todo y no en las partes), en la dimensión de la totalidad, la divinidad y el cosmos no se diferencian (panteísmo sin lugar a dudas).

Desde el punto de vista de la unidad, hay una interacción bastante evidente entre lo inmanente (el universo y Dios) y lo trascendente (Dios). En realidad, no hay separación entre la unidad divina y la unidad cósmica, sino diferenciación como complicación y explicación respectivamente. No hay separación, porque si el universo es infinito debido a que su causa es infinita, lo divino no puede estar más allá de su efecto; y porque si la unidad absoluta es el principio universal de la vida infinita, en ella se encuentra el origen del universo. Lo infinito es un concepto clave para una formulación correcta de la comunicación entre Dios y el hombre, y permite la elaboración de una cosmología y metafísica que fundamenta la reforma filosófica de Bruno. La divinidad es entendida sobre la base de la inmensidad del cosmos que se identifica con la auténtica generación divina, ya que la potencia infinita de Dios y su ubicuidad posibilitan vincularlo al universo como medida absoluta. El cuerpo del cosmos y el cuerpo de la divinidad se identifican. El universo y Dios se comunican entre sí de modo vital, y la diferencia entre la unidad complicada y la unidad explicada es necesaria por el proceso de alternancia que rige la vida en el cosmos: todas las partes del todo cósmico fluyen sin cesar, se alternan y cambian para mantener el equilibrio vital en el universo. La vida universal es la manifestación de la unidad complicada y explicada, de Dios y el cosmos.

2. La immanencia conocida

La verdad es la revolución cosmológica de Bruno, es única y absoluta, y su complicación infinita e inmóvil se explica en el universo entendido como unidad contracta de la unidad complicada y divina. En el hombre, esta verdad es diversificada y contraída, relativa a la pluralidad de infinitos modos que derivan de la unidad absoluta. La contemplación de esta unidad como totalidad divina y

6 Cfr. G. Bruno, *Camoeracensis acrotismus*, en *Opera latine conscripta*, cit., I, 1, p. 183; *De immenso et innumerabilibus*, cit., I, 2, liber VI, p. 236; *Oratio valedictoria*, en *Opera latine conscripta*, cit., I, 1, pp. 3 y 10.

cósmica es la cúspide de la vida humana. El hombre es una contracción y un reflejo de la divinidad, y la única manera de relacionarse con ella es la profundización progresiva del conocimiento sobre lo absoluto, ya que sólo el hombre puede intervenir en la mediación entre lo humano y lo divino. El hombre es un modo o uno de los múltiples rostros del ser cósmico, entendido como ámbito de libre comunicación entre infinitas realidades (astros, bestias, héroes, dioses, demonios, etc.) que circulan en movimiento ascendente o descendente según sea su condición y decisión vital. El hombre es uno de los innumerables modos vitales que constituyen la gradación infinita, cuya sucesión es en la unidad inmóvil, espacio infinito en el que se entiende el universo. El hombre es un lugar cósmico, cuya mente reformada es capaz de comprender la imagen de la divinidad. El universo refleja la unidad absoluta y la mente humana reproduce la unidad viviente. La actividad de la realidad garantiza la actividad cognoscitiva y afectiva del hombre que es infinita, y que siempre se dirige hacia lo absoluto, actualizando las posibilidades infinitas que rigen la vicisitud de los contrarios. El hombre, a pesar de ser un modo del devenir cósmico, puede oponerse en su solicitud íntima al proceso de error e ignorancia y abrirse, mediante el amor heroico y el conocimiento de sí mismo, hacia la unidad absoluta.

Lo absoluto es objeto de la metafísica y no de la teología y, a pesar de no estar sometido a la vicisitud universal y temporal, puede ser conocido en el instante en que se manifiesta de acuerdo con la conveniencia de su actividad⁷. Pero esta revelación de lo absoluto sólo se presenta a hombres idóneos para comprenderlo y predispuestos a contemplarlo⁸. Lo absoluto no es propio de la mayoría. La transformación del mundo no procede de la vulgaridad y grosería del hombre común sino de la iluminación de una minoría que es capaz de comprender el significado de la unidad absoluta y su renovación universal. Este sentido aristocrático del conocimiento desemboca en la semejanza y coincidencia del hombre con la divinidad⁹. Para alcanzar la culminación de la verdad, el hombre debe predisponerse hacia ella buscándola, y debe disponerse a ella de acuerdo con la búsqueda y elección de lo divino hacia él y no hacia otro hombre. Sólo una minoría es o bien escogida o bien idónea para investigar la máxima verdad, que puede vislumbrarse partiendo de la unidad absoluta o identidad de lo divino y del universo y de la que sólo puede decirse que es totalidad infinita, inmóvil e indivisible. Más allá de esta definición se halla lo inefable, lo que ni siquiera puede entreverse y, si se quiere, lo místico. Pero esto carece de interés y no encuentra lugar en la filosofía de Bruno. La reflexión filosófica está más acá y no más allá de la unidad absoluta. Más acá, esta unidad es armonía de opuestos o el desarrollo vital de las infinitas modalidades del todo cósmico, que se explica y multiplica por el lenguaje racional del hombre.

En el *Spaccio*¹⁰, y en relación con las formas de culto de la divinidad, considera que ésta es accesible en cuanto que se comunica y contrae en cada ser viviente. La función esencial de la contracción es la comunicación de Dios con el hombre, para que éste conozca el origen de la totalidad. En la contracción se realiza la coincidencia de los contrarios que revela la ley del incesante devenir que rige la realidad. La contracción se halla entre lo absoluto y la diversidad de individuos, y conduce a la visión y conocimiento de lo divino por su excelso reflejo que es el universo. Lo absoluto y su contracción es la guía ineludible para el hombre. La vida humana se rige por la vida divina, cuyos modos de comunicación deben ser discernidos por la razón. *Natura est deus in rebus*. La

7 Cfr. G. Bruno, *De gli eroici furori*, en *Dialoghi italiani*, cit., pp. 1155-1156.

8 Cfr. G. Bruno, *op. cit.*, pp. 1156-1158.

9 Cfr. G. Bruno, *op. cit.*, p. 1117.

10 G. Bruno, *Spaccio de la bestia trionfante*, en *Dialoghi italiani*, cit., pp. 783-784.

comunicación entre lo divino y el hombre se establece por la unidad vital cósmica entendida como totalidad inmóvil infinita y constituida por innumerables modos de energía. La inmanencia de lo absoluto se explica por su descenso hacia la unidad viviente, en la que se halla de modo infinito e indivisible¹¹. Dios se comunica con la naturaleza y la naturaleza con Dios a través de la unidad vital: lo divino desciende a lo natural y lo natural asciende hacia lo divino; y como la naturaleza se manifiesta abiertamente, debemos comunicarnos con Dios a través del lenguaje natural¹². La unidad absoluta se infiltra en el universo como entendimiento y alma del mundo, y se explica y se halla en todo lo viviente y lo natural (unidad vital cósmica) de forma próxima y afín y no de un modo absolutamente transcendente. De suerte que el hombre es representación de la divinidad: nosotros somos símbolos, hipóstasis de la unidad primera y absoluta. Cualquier punto vital es un medio para llegar a lo absoluto.

En el ámbito de la unidad, lo indivisible¹³ aparece como indicio de lo que es el conocimiento de la unidad. Indivisible es la unidad, el cosmos y cualquier ente. La indivisibilidad nos indica que hemos llegado a comprender la unidad, porque en la unidad no sólo se halla todo sino que también todo se encuentra sin diferencias ni distinciones. La unidad indivisible es el fundamento de todas las cosas particulares sin ser ninguna de ellas, y es la verdadera y única realidad infinita y absoluta. Entidad, bondad y unidad son absoluta verdad en la unidad complicada que, cuando se instala de modo vital en el universo, hace que éste sea partícipe de la identidad verdadera. El hombre aspira a la comprensión de un ser que abarque todo en la unidad que el ser es¹⁴, porque entender la unidad absoluta es entenderlo todo. El hombre debe descender hasta el fondo de su autenticidad para alcanzar la visión de lo absoluto que abraza lo relativo y lo hace suyo. La unidad es una exigencia vital, porque la vida es plural y diversa, pero nuestra tendencia es transgredir la diversidad, traspasar los límites de lo cotidiano, para conciliarnos con la realidad múltiple, superándola en la unidad¹⁵. La vida del hombre es un fin inmanente en la vicisitud universal, pero es también un fin transcendente y autónomo en virtud de su poder intelectual. Todos tenemos nuestro horizonte de plenitud que depende de nuestra ambición vital. La grandeza del ser humano se halla en sus infinitas posibilidades. La reforma del hombre se produce a través del conocimiento como un proceso de liberación que lo eleva hacia el amor intelectual dirigido a la divinidad. El hombre es materia o cuerpo animado por la forma o alma, cuya capacidad de transmigración es semejante al poder infinito de mutación y generación que existe en el universo. La materia infinita del cosmos avala el regreso del hombre al origen del proceso de emanación. El hombre es perpetuo proceso de cambio que se manifiesta como armonía de contrarios, explicación contraída y diversificada de la unidad absoluta, a la que comprende gracias al espacio infinito que es su mente, y a la que accede, traspasando el simulacro cósmico, por el amor heroico, sentimiento que transforma lo temporal en eterno y armoniza lo máximo y lo mínimo en la unidad originaria que es el universo.

Comprender lo absoluto como unidad eterna e indivisible no es tarea sencilla. Lo divino se encuentra en el hombre, pero llegar a su verdadero significado requiere algo más que el ejercicio de las facultades cognoscitivas, ya que es necesario anhelar, amar la divinidad y ser amado por ella. «Dios, la divina belleza y esplendor, reluce y es en todas las cosas; pero no me parece un

11 Cfr. G. Bruno, *op. cit.*, p. 787.

12 Cfr. G. Bruno, *op. cit.*, pp. 777-778.

13 Cfr. G. Bruno, *De la causa, principio e uno*, p. 333.

14 Cfr. G. Bruno, *op. cit.*, p. 342.

15 Cfr. *Ibidem*.

error admirarlo en todas las cosas, según el modo en que se comunica a ellas»¹⁶. El objeto divino, en el instante en que se nos hace presente, nos mira: «ver la divinidad es ser visto por ella»¹⁷. Sin embargo, esta presencia depende de la entrega digna o indigna del hombre: «la divina potencia, que está toda en todo, no se ofrece ni se subtrae sino por la conversión o la aversión del *otro*»¹⁸. De suerte que la unidad absoluta, como divina empresa para el hombre, es el «abismo de la excelencia incomprendible»¹⁹, y el amor es la vía más propia para alcanzarla.

3. La inmanencia amada

El amor «tiraniza el universo», «el amor lo es todo, y todo lo hace, y de él se puede decir todo, y todo puede atribuírsele»²⁰. El amor es la fuerza suprema que articula y concilia los opuestos. El amor expresa y comprende la unidad, y nos permite entender cómo lo móvil y diferente es en la unidad inmóvil e indiferenciada, puesto que diversidad y armonía son lo mismo en la unidad del universo o contracción absoluta y relativa de la unidad absoluta y divina. Lo particular y diferente es sólo un rasgo móvil de la unidad inmóvil.

En *De gli eroici furori*, Bruno²¹ se plantea cómo ir del amor más vulgar al amor más heroico, para alcanzar y dar sentido a la contemplación de lo absoluto, y desarrolla una teoría de los afectos que manifiesta la importancia de la unidad de los contrarios en el amor. Toda pasión y toda acción se dan por y en lo contrario: «el corazón humano tiene dos cabezas que desembocan en una misma raíz y, desde el punto de vista espiritual, de un afecto del corazón procede el odio y de dos contrarios procede el amor»²². El origen del conflicto del alma consigo misma es la oposición de sus impulsos, el antagonismo entre su experiencia interior y el mundo exterior, y la posibilidad de que su amor sea heroico o bestial. Víctima de estas dos inclinaciones²³, el alma alcanzará su armonía y equilibrio cuando comprenda la diferencia entre sus dos disposiciones contrarias e inicie un ascenso hacia lo divino por un proceso que va del furor animal al furor heroico. El amor heroico requiere esfuerzo porque se rige por sentimientos opuestos; de un lado, las potencias segundas o materiales nos dirigen hacia el placer y los instintos naturales; de otro lado, las potencias primeras o inmateriales —el entendimiento y la voluntad intelectual—, debido a su finalidad cognoscitiva infinita, conducen al hombre hacia la unidad divina²⁴. El horizonte del amor heroico es el entendimiento

16 G. Bruno, *De gli eroici furori*, cit., p. 1078: «Dio, la divina bellezza e splendore riluce ed è in tutte le cose; però non mi pare errore d'admirarlo in tutte le cose, secondo il modo che si comunica a quelle». Cfr. trad. I. Gómez de Liaño, *Expulsión de la bestia triunfante y De los heroicos furores*, Alfaguara, Madrid, 1987, p. 401. Las traducciones del italiano y del latín al español que aparecen en este artículo, he decidido realizarlas personalmente de las ediciones de los *Dialoghi italiani* y de la *Opera latine conscripta*, aunque teniendo presente las traducciones del italiano al español (Á. J. Cappelletti, ed. *Sobre el infinito universo y los mundos*, Orbis, Barcelona, 1984; I. Gómez de Liaño, ed. *op. cit.*).

17 G. Bruno, *op. cit.*, p. 1092. Cfr., asimismo, *op. cit.*, p. 1138-1139.

18 *Ibidem*: «la divina potenza che è tutta in tutto, non si porge o suttrae se non per altrui conversione o aversione». Cfr. trad. I. Gómez de Liaño, *op. cit.*, p. 415.

19 G. Bruno, *op. cit.*, p. 1110.

20 G. Bruno, *op. cit.*, p. 1105: «l'amor sia tutto e faccia tutto; e de lui si possa dir tutto e tutto possa attribuirsi a lui». Cfr. trad. I. Gómez de Liaño, *op. cit.*, p. 428.

21 G. Bruno, *op. cit.*, pp. 936-938, 940 y 1028.

22 G. Bruno, *op. cit.*, p. 962: «il cuor umano ha doi capi, che vanno a terminarsi a una radice, e spiritualmente da uno affetto del core procede l'odio ed amore di doi contrarii,...». Cfr. trad. I. Gómez de Liaño, *op. cit.*, p. 289.

23 Cfr. G. Bruno, *op. cit.*, p. 1056.

24 Cfr. G. Bruno, *op. cit.*, p. 978, 1091 y 1095-1098. Sobre los dos tipos de furor, véase G. Gentile, *Giordano Bruno e il pensiero del rinascimento*, con una Introduzione di E. Garin, Le Lettere, Firenze, 1991, pp. 72-73.

supremo, bello y bueno por sí mismo; el objeto del amor puro es la belleza del alma y no la del cuerpo, el amor intelectual y no el amor sensual, el amor que nos permite permanecer en el estado de la unidad y de la identidad²⁵.

El amor heroico es infinito, puesto que desde lo finito no podemos llegar a la unidad absoluta como belleza y bondad infinitas. Desde el punto de vista del furor heroico, el objeto y el proceso cognoscitivo del entendimiento y de la voluntad intelectual son infinitos. El proceso es infinito porque nunca se colma y el objeto es infinito porque se trata del sumo bien propio de la unidad divina. El amor heroico impulsa al entendimiento hacia la unidad del universo, con el fin de llegar a lo absoluto conociendo (entendimiento) y queriendo conocer (voluntad intelectual) la bondad y la belleza divinas. Se trata de la reforma radical del entendimiento y de la voluntad para que la divinidad viva en el hombre y para que éste pueda vivir la «vida de los dioses». No hay entendimiento sin voluntad ni voluntad sin entendimiento. El amor no es sin inteligencia y viceversa, y este amor inteligente es el que conoce la verdad y la belleza que se hallan en la realidad y en el hombre. En este sentido, el cuerpo está en el alma sólo como acto de animación y no como acto de ejecución, de suerte que lo corporal y lo espiritual, el vicio y la virtud se concilian con el amor heroico²⁶.

Por el amor, se produce la armonía de los contrarios o bien uno de ellos vence al otro. Los contrarios constituyen no sólo la realidad del universo, sino también un sentimiento profundo y vital. Tanto es así que Bruno²⁷ se define a sí mismo como un enamorado del sentimiento de libertad en la esclavitud, del hecho de estar contento en la tristeza, rico en la necesidad y vivo en la muerte; «en las almas de todos hay cierta santidad natural que, sentada en el alto tribunal del entendimiento, ejercita el juicio del bien y del mal, de la luz y de las tinieblas,...»²⁸. La voluntad humana es la que gobierna los pensamientos contrarios y trata de conciliarlos con el amor que es su fin esencial. El amor conlleva quietud y, a su vez, aflicción, pero el furor heroico, en su ascenso a lo absoluto, puede transformar lo más indigno e inferior en dios²⁹.

Voluntad y entendimiento, amor y conocimiento son correlativos en la identidad de su objeto. El amor sin el conocimiento es ciego, y el conocimiento sin el amor carece de poder y fuerza. Gracias a la colaboración entre entendimiento, amor y voluntad, el hombre puede llegar a una visión de la realidad como totalidad, al universo como unidad infinita. La acción de la voluntad permite al alma convertirse en el objeto considerado supremo por el entendimiento. Bruno no reflexiona sobre los límites del conocimiento de lo absoluto sino sobre los límites del poder humano, sobre la capacidad de la voluntad y del entendimiento, que aspira y se dirige hacia el origen de la substancia de las cosas finitas, hacia la unidad infinita y divina del universo. El hombre puede comprender esta unidad sin ser absorbida por ella, reconociendo en ella el signo más evidente de su ser divino y de su

25 Cfr. G. Bruno, *op. cit.*, pp. 988, 992, 1020, 1040-1041 y 1044. Sobre la importancia de la vista en su relación con el amor y acerca del vínculo entre los ojos y el proceso afectivo, véase *op. cit.*, pp. 1106 y 1137-1138.

26 Cfr. G. Bruno, *op. cit.*, pp. 969, 1003, 1008-1009, 1024, 1040, 1061-1062 y 1135-1136. Sobre el acceso heroico del hombre a la divinidad, véase B. Levergeois, *Giordano Bruno*, Fayard, La Flèche, 1995, pp. 344-347; F. Puglisi, *La rivoluzione artistico-filosofica di Giordano Bruno*, Bulzoni, Roma, 1989, pp. 43-46. Acerca de la relación entre amor, voluntad y conocimiento, cfr. L. Spruit, *Il problema della conoscenza in Giordano Bruno*, Bibliopolis, Napoli, 1988, pp. 250 y 274-276.

27 G. Bruno, *De l'infinito, universo e mondi*, en *Dialoghi italiani*, cit., p. 346.

28 G. Bruno, *op. cit.*, p. 535: «ne gli animi di tutti è una certa natural santità che, assisa nell'alto tribunal de l'intelletto, essercita il giudicio del bene e male, de la luce e tenebre,...». Cfr. trad. Á. J. Cappelletti, *op. cit.*, p. 189. Cfr., asimismo, G. Bruno, *De monade, numero et figura*, en *Opera latine conscripta*, cit., I, 2, p. 357; *Theses de magia*, en *Opera latine conscripta*, cit., III, p. 491.

29 Cfr. G. Bruno, *De gli eroici furori*, cit., pp. 963, 1003-1004 y 1079.

más alta divinidad. Se trata de descubrir la verdad y su belleza, y de convertirse en ella. La belleza es el objeto del amor, y en el amor heroico nuestro entendimiento puede alcanzar, por participación, la belleza de la unidad divina. El conocimiento perfecto consiste en comprender la presencia plena de la divina belleza, porque el fin del amor heroico es lo absoluto e infinito³⁰.

La sabiduría y el amor heroico son dos grados de conocimiento y dos niveles de felicidad que no sólo simbolizan dos puntos de vista de la realidad sino también diferentes experiencias vitales e intelectuales. En la indiferencia, en el centro, donde los contrarios son uno, se halla el sabio y su templanza, más allá de la pasión (ni alegre ni triste) es ajeno al vínculo del amor; y su conocimiento de la mutación vicisitudinaria y de la ley del movimiento de cada cosa en el infinito, así como su contemplación de la vida universal, fundamentan su felicidad y su moralidad. La contemplación de la vicisitud como estructura de lo real es propia de la sabiduría. Se trata del conocimiento de la mutación universal, del movimiento infinito de ascenso y descenso de todo lo real. Este devenir permanente revela, de un modo inteligible, la unidad originaria como coincidencia de contrarios, que es la regla de la acción y el conocimiento del sabio. Éste es feliz por la templanza, se halla en la virtud, en el término medio de los contrarios, alejado de sus extremos, a los que reduce al mínimo. El sabio actúa en la naturaleza, pero su acción es en la sombra, en la unidad derivada. El temple del sabio permanece en el ciclo de la vicisitud y en el cerco de la indiferencia, se circunscribe en el ritmo temporal de la prudencia, donde no hay oposición. Mediante el conocimiento intelectual, el sabio comprende la realidad vital infinita, y por su moralidad alcanza la felicidad que le permite gozar del ser presente. En *De gli eroici furori*, el furioso «doviene un dio», se hace dios y mira la «somma e prima verità», no su imagen. La experiencia contemplativa y activa del sabio se transforma por el vínculo del amor para ir de los instantes del tiempo al instante de la eternidad, y ver la absoluta verdad y unidad, el origen de toda mutación, comprendiendo la auténtica realidad de la dimensión infinita. El furioso fuerza los contrarios en sus extremos y emerge de su tensión profunda para abordar la relación entre lo finito y lo infinito, el nudo del que deriva toda realidad, y superar el horizonte de la vicisitud en que se halla la mirada del sabio. El vínculo del amor posibilita una visión más profunda de la realidad, de la unidad en su infinitud, que se inicia por la voluntad del furioso, trascendiendo la acción intelectual y contemplativa del sabio, con el fin de ver la constitución interior y el logro absoluto de la verdad. El sabio entiende la vicisitud universal de los contrarios sin salir de sí mismo; atraído por la verdad absoluta no consigue alcanzarla porque está limitado por su interior y carece de pasión y amor. La voluntad del furioso, más allá de sí misma, comprende la belleza y bondad divina por el vínculo del amor que agita su alma y su cuerpo. La

30 Cfr. G. Bruno, *op. cit.*, pp. 969, 997-998, 1060, 1102 y 1112. Bruno (*Cabala del cavallo Pegaseo*, en *Dialoghi italiani*, cit., p. 920; *De magia*, en *Opera latine conscripta*, cit., III, p. 444; *De vinculis in genere*, en *Opera latine conscripta*, cit., p. 661) defiende la relatividad de la dimensión estética, rechaza las categorías universales de belleza y establece nuevos criterios basados en su concepción móvil de la realidad. Frente a la belleza objetiva, propone una comunicación estética (*op. cit.*, pp. 653-700) fundamentada en diversas y complejas relaciones. Debido a que todo lo que existe en el universo posee la misma condición de dignidad, lo *brutto* puede formar parte del arte. Así como hay infinitos mundos, hay múltiples bellezas de acuerdo con la cultura y sensibilidad propias de cada hombre. Este significado plural y relativo de la belleza tiene que ver con la concepción relacional subyacente en el universo infinito. Del mismo modo que en un universo infinito hay innumerables puntos de vista, múltiples y diferentes cosas bellas se comunican con la belleza absoluta, y su belleza dependerá de la proporción con la que participan de la belleza única, sea en un mismo género o en diversos géneros de cosas. En este sentido, cfr. N. Ordine, *La cabala dell'asino. Asinità e conoscenza in Giordano Bruno*, con una Prefazione di E. Garin, Liguori editore, Napoli, 1996, p. 167; P. Sabbatino, *Giordano Bruno e la «mutazione» del Rinascimento*, Olschki, Firenze, 1998, pp. 109-111 y 211-213.

voluntad heroica conlleva el sacrificio de lo corpóreo por lo espiritual, pero el cuerpo se involucra como potencia esencial en el itinerario hacia lo absoluto, en cuanto que el amor es el fundamento de toda pasión. Esta experiencia heroica del amor es la forma más elevada de la acción humana, puesto que los sabios deben tutelar la libre investigación de la verdad, pero al amparo de la ley del amor heroico.

Si el sabio comprende la identidad entre la potencia pasiva infinita y la potencia activa infinita de Dios, en el furioso la potencia infinita pasiva de Dios se corresponde con la potencia infinita pasiva de su alma, cuya infinitud no es en acto sino en la posibilidad infinita de ser acto. La escisión entre una posibilidad infinita dada y una actualidad infinita a la que se aspira configura la experiencia dramática del furioso. El amor y el anhelo de conocimiento nos dirigen a una potencia que es siempre más acto y a la coincidencia de ambos. La potencia infinita del furioso tiende al acto por la apropiación infinita del amor y por la intervención de lo divino para ser desvelado y contraído por el hombre. En apariencia, la potencia y sabiduría divinas no coinciden en el hombre y en el cosmos. El amor heroico debe superar este obstáculo umbrátil y llegar a la conversión recíproca de Dios y el universo, inteligible y entendimiento, amado y amante. Esta convergencia revela al furioso que los contrarios son sólo aparentes en su recóndita naturaleza y que el amor es el vínculo auténtico de los opuestos. En virtud del amor divino, el sujeto se convierte en objeto y éste en sujeto, siendo dos procesos indiferenciados en lo absoluto. La divinidad se hace en nosotros amor e inteligencia siempre y cuando nos transformemos en lo amado y lo inteligible mediante un recorrido ascendente y gradual hacia lo absoluto. Esta conversión recíproca de lo divino y de lo humano se realiza en la esfera de lo infinito y tiene su punto de partida en el hombre³¹. En la experiencia heroica del amor, el conocimiento de lo ajeno se convierte en algo propio y el ser del hombre se dirige a lo diverso de sí mismo y alcanza el punto límite en el que ya no hay contracción, puesto que la coincidencia con lo absoluto es definitiva.

El furioso contempla la «prima verità». Lo absoluto o unidad divina es el objeto fundamental del amor heroico. En lo absoluto, la vicisitud universal de los seres, su multiplicidad y contrariedad aparentes se subliman y anulan para ser unidad plena. Esta unidad es el objeto del afán intelectual y del conocimiento heroico. El amor heroico es el amor a lo eterno y absoluto, y el conocimiento sobre la unidad absoluta consiste en el vínculo racional e intelectual de lo divino con el hombre para que éste llegue a ser un dios. El furioso se halla más próximo a la divinidad que el sabio, es un espíritu libre que conoce los secretos de la unidad divina y cósmica. El destino del furioso es su unión con la inteligencia eterna y universal, en virtud de la gracia y voluntad divina que lo cautiva para experimentar una vida divina y solitaria en la tierra. Las normas morales, las leyes, los dogmas son necesarios para el vulgo, pero no para el furioso que se guía por sí mismo mediante normas internas proporcionadas por su grandeza intelectual. Frente a la mayoría, la pasión de la verdad filosófica por alcanzar lo absoluto es un acto de soledad radical que rechaza el compromiso y la fama del mundo.

31 Cfr. G. Bruno, *De gli eroici furori*, cit., pp. 1091-1092; A. Ingegno, *Regia pazzia. Bruno lettore di Calvino*, edizioni Quattroventi, Urbino, 1987, pp. 140-143. Respecto a la diferencia que aquí se expone entre sabio y furioso y acerca de los motivos autobiográficos de la experiencia del furioso, véase M. Ciliberto, *Introduzione a Bruno, Introduzione a Bruno*, 4ª. ed., Editori Laterza, pp. 99-103; *Umbra profunda. Studi su Giordano Bruno*, Edizioni di Storia e letteratura, Roma, 1999, pp. 59-60, 84-86, 169-172, 200-201, 214-217 y 220-222.

El fondo del *De gli eroici furori*³², es la experiencia intelectual con el fin de verificar la fuerza del vínculo del amor, que es el vínculo fundamental o vínculo de los vínculos. Esta verificación la expresa el furor heroico mediante las formas y los caracteres que utiliza la mente humana para llegar a lo absoluto. Se trata de un extraordinario proceso cognoscitivo y de una experiencia existencial única, cuyo fin es la comprensión de la unidad absoluta. Bruno³³, en su teoría de los vínculos, considera que éstos permiten al hombre conectar con la realidad compleja del universo. La energía divina se identifica con la fuerza del amor que está en todo lo que existe en el universo, haciendo posible que todas las cosas se relacionen entre sí: «Un único amor, un único vínculo convierte todo en uno, tiene diferentes rostros ante lo diverso, para que él venza a unos y a otros de distinto modo»³⁴. Por una parte, sin el amor —entendido también como furor— no existirían los vínculos; por otra parte, sin la belleza ningún vínculo se originaría³⁵. Para llegar a la perfección y plenitud del amor por la belleza y la bondad, se debe experimentar disposición, ensimismamiento, iluminación sensitiva, elevación, cohesión y transformación en el objeto amado³⁶. El amor es el vínculo esencial, el gran *daemon* con el que se originó y se constituye la filosofía. El amor es el vínculo de los vínculos porque en él todos los contrarios concurren y coinciden en armonía. Esta experiencia vinculante del amor, lejos de la irracionalidad y del misticismo, conlleva una reforma del entendimiento y de la voluntad al amparo de una renovación de la razón y de la racionalidad y, sobre todo, del propio vínculo del amor que dirige su conocimiento hacia la comunicación con la divinidad. Esta vivencia extraordinaria del furioso, en la que razón y verdad se unen, involucra el alma, el entendimiento, la voluntad, pero también el cuerpo y la pasión, con el fin de valorar la fuerza infinita del amor hacia lo absoluto.

-
- 32 La metáfora de la caza (cfr. G. Bruno, *op. cit.*, pp. 1008-1009 y 1124; *Spaccio de la bestia trionfante*, cit., pp. 812-813; A. Ingegno, *Cosmologia e filosofia nel pensiero di Giordano Bruno*, La Nuova Italia, Firenze, 1978, pp. 245-246; *La sommersa nave della religione. Studio sulla polemica anticristiana del Bruno*, Bibliopolis, Napoli, 1985, pp. 137-141; *Regia pazzia. Bruno lettore di Calvino*, cit., pp. 12, 70-72, 76-77 y 84-86; N. Ordine, *op. cit.*, pp. 92-93; P. Sabbatino, *op. cit.*, pp. 128-148 y 151-155) expresa la búsqueda de la contemplación de lo divino y la asimilación y conversión del furioso en su objeto absoluto. El acto de ver la divinidad se relaciona con el ser visto por ella. Son dos momentos que coinciden pero que no se identifican, y en virtud de que el primero acontece, necesariamente se sigue el segundo. Sobre los estudios del mito de Acteón de Bruno, véase N. Badaloni, *La filosofia di Giordano Bruno*, Parenti editori, Firenze, 1955, pp. 54-65. Acerca del lenguaje literario de Bruno para expresar el furor heroico, cfr. G. Bàrberi Squarotti, *Parodia e pensiero: Giordano Bruno*, Greco Editori, Milano, 1997, pp. 68-86 y 171-176; P. Sabbatino, *op. cit.*, pp. 86-95. Respecto a la crítica de Bruno al género heroico y aristocrático de la caza, cfr. G. Bàrberi Squarotti, *op. cit.*, pp. 163-165.
- 33 G. Bruno, *De vinculis in genere*, cit., III, pp. 697 y 699. En la teoría de los vínculos subyacen ciertos elementos eróticos: el amor del eremita o del que se mansturba, la fuerza del semen en los niños, en los hombres y los viejos, la mayor facilidad para eyacular de los temperamentos sanguíneos, etc.; véase, por ejemplo, G. Bruno, *op. cit.*, p. 677. Bruno (*op. cit.*, p. 678) distingue cuatro tipos fundamentales de temperamentos: melancólicos, sanguíneos, flemáticos y coléricos. Para Bruno (*De rerum principiis, elementis et causis*, cit., III, pp. 554-559; *Spaccio de la bestia trionfante*, cit., p. 625), los lugares (países, regiones y patrias) determinan las costumbres, la educación, las leyes, las instituciones, las religiones, el cuerpo y el carácter de los hombres; una ley es buena en cuanto que se acomoda a la práctica humana; en general, la ley es un producto del hombre para facilitar su vida.
- 34 G. Bruno, *De vinculis in genere*, cit., III, p. 692: «Amor unus, vinculum unum, facit omnia unum, diversas habet in diversis facies, ut idem aliter alia atque alia vinciat».
- 35 Sobre el vínculo del amor y de la belleza, cfr. G. Bruno, *op. cit.*, pp. 684-685. Al igual que los placeres y los dolores no todos los vínculos son puros; los vínculos pueden ser naturales, racionales y voluntarios; véase en G. Bruno, *op. cit.*, pp. 676 y 697.
- 36 Cfr. G. Bruno, *op. cit.*, pp. 661 y 698.